

La cama de Procrustes

Este Procrustes era un tipo curioso. Vivió en ese tiempo en el cual todavía existían, en la imaginación de los hombres, gigantes malvados y héroes que los vencían... Quizás sólo eran protagonistas imaginarios que representaban, en forma humana, los vicios y los brillos del alma del hombre.

Sea como fuere, Procrustes pobló algunos cuentos de los antiguos griegos. Al calor de los hogares, los viejos y los bardos contaban que este individuo en realidad se llamaba Damastes, aunque otros decían que su verdadero nombre era Polípemo. Su sobrenombre, "*o Prokroustis*", significaba "el estirador". La leyenda contaba que tendía en una cama de hierro a los caminantes desprevenidos que caían en sus manos, y, después de atados, si sus miembros no alcanzaban el largo del lecho, los estiraba hasta que tuvieran la misma longitud, y, si eran más largos, cortaba la parte sobrante.

Simpático. Muy simpático.

Parece ser que, de acuerdo a los relatos clásicos, el héroe Teseo -el mismo que escapó del laberinto del Minotauro- se encargó de hacer disfrutar a Procrustes de su cómodo lecho. Debido a la estatura del gigante, los resultados pueden imaginarse. Esta leyenda siempre me hizo reflexionar sobre algunas conductas sociales, propias y ajenas. Muchas veces he presenciado como, para alcanzar algunos fines pre-establecidos, las cosas se deforman, o se mutilan, perdiendo, por ende, su propia naturaleza original. Es el caso de algunos proyectos, cuyos resultados son totalmente destrozados para ajustarse a los objetivos previstos.

He visto, incluso, muchas mentes convertidas en marcos de hierro, modelando la realidad para que se ajuste a sus patrones o a sus conveniencias intelectuales, éticas o morales.

En el caso de las bibliotecas, el modelo de "cama de Procrustes" se aplica muy frecuentemente. Pocas veces las unidades de información responden exclusivamente a las necesidades y realidades de sus usuarios o de la sociedad a la que debe servir (recordemos que las bibliotecas proveen servicios, palabra derivada del verbo "servir"). Generalmente siguen algunas políticas pre-diseñadas (quizás por estamentos superiores a la propia biblioteca) y buscan que los usuarios se adapten a ellas de alguna manera. Quizás estirándose. Quizás siendo mutilados. Así, la institución se convierte en un inflexible lecho de acero de proporciones determinadas, y la comunidad destinataria de los servicios pasa a ser la desprevenida caminante que es adaptada, a la fuerza, a tales dimensiones.

Lo más triste del caso es que, generalmente, para lograr tal adaptación hay que cortar miembros. Muchos.

Quizás me he puesto muy metafórico y mis palabras no sean comprendidas, así que me detendré un instante a analizar la realidad. Las bibliotecas populares que trabajan en sociedades necesitadas y no dejan entrar a su sala a niños de la calle porque "huelen mal", "ensucian todo" o "alborotan" son un caso clásico y real que ilustra mi metáfora. No, no se rasguen las vestiduras: tales bibliotecas existen, las conozco, he estado en ellas, he visto con mis propios ojos que actúan así. Por vergüenza o hipocresía callamos o miramos hacia otro lado, pero ustedes y yo sabemos que existen. En este caso, la cama es estrecha, muy estrecha, tanto como las mentes de los dirigentes de la biblioteca en cuestión: la discriminación y la exclusión son marcas indelebles que señalan un espíritu pobre. Y la desprevenida caminante de turno -una sociedad con amplios sectores o grupos desventajados- es muy grande. Lamentablemente, a la hora de adaptar tal cuerpo a la estrecha cama, el "corte de miembros" siempre cae en el mismo sitio: los pobres, los excluidos, los olvidados, los "sucios", los "de la calle"...

Ciertas colegas me comentaban hace poco que, debido a la escasez presupuestaria a la que son sometidas las bibliotecas populares (públicas) argentinas, no siempre se puede brindar servicios a todos, y que por eso es necesario "cortar miembros". Yo les respondía que si tales servicios se brindan a niños de clase media, "limpios" y "bien vestidos", también pueden proveerse al resto. Hasta donde yo sé, leen lo mismo. Si hay escasez, la hay para todos; si hay materiales, también.

Otras colegas me decían que ellas, como bibliotecarias, no tenían la obligación ni el deber de hacerse cargo de una caterva de chiquillos que inundaban la biblioteca con malos hábitos y comportamientos, desordenando todo, ensuciando todo... Me explicaban que ellas no eran maestras: eran bibliotecarias.

Y yo me / les preguntaba -salvando los aspectos de mal comportamiento- cuáles eran sus obligaciones como bibliotecarias. Porque, hasta donde yo sé, el bibliotecario es un comunicador, un educador, un facilitador... Y un niño debe ser educado, en casa y fuera de ella. Es nuestro trabajo: no somos "ordenadores de libros en estantes". Los libros están allí para ser leídos, y nosotros estamos para animar a la lectura, para orientar en el descubrimiento de esos universos, para "culturizar"... Que los niños griten o estén sucios es otra vaina, y podemos charlar sobre ella en otro momento. Las puertas de la biblioteca nunca -nunca- deben ser cerradas a su comunidad.

El método de planeamiento bibliotecológico más en boga en este momento -el que

yo llamaría "Procrusteano"- responde a una estructura sencilla: se toma un modelo conocido (generalmente europeo, urbano y desarrollado) y se lo implementa en una comunidad determinada (universidad, ciudad, localidad, pueblo, grupo social, etc.). Pocas veces se realiza una evaluación inicial que permita adaptar flexiblemente tal modelo a la situación de los destinatarios. Normalmente se espera que los usuarios se adapten al modelo, cosa que pocas veces ocurre. De este modo, muchos - muchísimos- son dejados fuera de la biblioteca, por motivos diversos: porque no saben leer (y nadie se encarga de enseñarles), porque no saben lo que es un libro (y nadie se encarga de mostrarles), porque no saben disfrutar de la lectura (y nadie sirve de mediador y animador), porque le tienen miedo a la biblioteca (y nadie se los quita), porque la desconocen (y nadie se ocupa en hacerla conocida), porque no encuentran en ella lo que buscan (y a nadie le importa), porque sus canales de comunicación son otros (p.e. orales, y la oralidad queda siempre fuera de la biblioteca), porque la cultura local no está representada (y a nadie se le ocurre internarse en ella e incluirla) y un largo etcétera que podría, muy bien, dar origen a un bello libro que podría titular "¿Por qué la gente no pisa el umbral de mi biblioteca?".

(¿Quizás por la misma razón por la que los caminantes de la leyenda griega evitaban cruzar los terrenos del "monstruo de la cama"?).

Si queremos que nuestras unidades no se conviertan en los lechos de tortura de villanos legendarios, debemos reconocer, en principio, que nuestro trabajo se basa en un servicio, y que, como tal, debemos adaptarnos a los problemas y las necesidades de nuestros destinatarios (expresadas en todos los puntos anotados en el párrafo anterior). Debemos responder a ellas con imaginación, con ganas de trabajar, con ánimos, con creatividad... Y no me hablen de fondos inexistentes y recursos escasos porque he armado personalmente muchas bibliotecas con hojas de papel usadas en imprentas, diez libros viejos y un par de cassettes. Los niños que descubrieron la lectura con esos libros viejos y esas hojas son ahora lectores acérrimos.

Basta con darnos cuenta de que la biblioteca es como el agua: puede adaptarse a cualquier recipiente sin que su naturaleza cambie. Y hasta puede cambiar y convertirse en un vapor que viaje o en un sólido bloque de hielo que resista los golpes, sin dejar de ser, por ello, lo que siempre fue: agua.

Lo sé: los niños no son nuestros únicos usuarios. Pero son los que más sienten el "corte de miembros". Y son el futuro de nuestras tierras y de nuestros pueblos. Sin embargo, el "corte" puede hacerse extensivo a adultos en comunidades rurales,

grupos minoritarios, poblaciones peri-urbanas, barrios marginados... Pocas/os colegas se aventuran a proporcionar servicios a esos grupos, y cuando lo hacen, usan siempre, indefectiblemente, una cama de Procrustes.

Con este texto he revivido al gigante muerto. Aunque quizás nunca murió y siempre existió, en muchos aspectos de nuestras vidas como seres sociales. Quizás la solución que dieron los antiguos griegos para este mal sea -aunque cruel- la más adecuada: hacer probar, a los que limitan y cortan, un poco de esa medicina que tan pródigamente administran a los demás. Notarán rápidamente lo terrible que es ser adaptado, por la fuerza, a una situación que no responde a sus expectativas. Y quizás así las bibliotecas pierdan unas estructuras férreas que nunca debieron tener.

Porque la biblioteca es como el agua: una eterna vencedora de límites, libre, adaptable y viajera.